

nor alguno. En cuanto á los albigenses puede bastar lo que he dicho en otro lugar; á saber, que procuraban deshonrarla de todas las maneras imaginables, representándola por irrisión con un ojo solamente y desfigurándola todo lo que podían.

VIII. Paréceme que sobra con lo dicho para conocer el espíritu que anima á tales gentes, y juzgar si es probable lo que he sentado al principio: que todos los que han forjado las herejías y vomitado tantas blasfemias contra el cielo, han sido por necesidad familiares de Satanás y operarios de sus talleres, porque sin él no puede llegar un entendimiento humano á tanta malicia, ni tener tal rabia contra Dios y su madre.

IX. Siendo esto así, si ella no detestára á tales gentes y no les hiciera guerra á sangre y fuego; ¿no se diría con razón que sentía poco las injurias hechas á la majestad de Dios y á su hijo, que abandonaba el honor que le es debido, y que le hacían poca mella las ruinas de la iglesia? No pudiendo ser esto, es fácil de imaginar la contrariedad que existe entre la Virgen y esos instrumentos de iniquidad; contrariedad tan grande, que segun dice Sofronio, no quiso ella entrar en la celda del abad Ciriacó, sino que se estuvo á la puerta con S. Juan Bautista y S. Juan Evangelista, porque tenia escondido á su enemigo. Hablaba la Señora de dos libros del impio Nestorio, que sin que el buen viejo lo supiese, estaban unidos á otro libro que le habian prestado. Tampoco quiso permitir jamás segun testimonio del mismo Sofronio que una noble señora inficionada de la herejía de los acéfalos ó severianos entrase á visitar el santo sepulcro, sino que dejándose ver de ella con una tropa de virgenes le dijo con semblante enojado: «¿Cómo has tenido atrevimiento para intentar entrar no siendo de los nuestros?» Y dicho esto le dió con la puerta en el rostro. Como la dama persistiese en entrar, replicó la Virgen: «En vano

te atormentas, porque hasta que seas de los nuestros, es desatino que pienses en entrar. Viendo esto la dama recurrió al obispo, y reconciliada con la iglesia fué admitida sin dificultad por María santísima. Reservamos lo demás para el discurso de la cruda guerra que en todo tiempo ha hecho á los herejes, y sobre las victorias que ha alcanzado.

§. VI.—El cuarto escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los blasfemos.

I. Es imposible que no esté cansado de tantas blasfemias el lector devoto y zeloso de la honra de la madre de Dios. Sin embargo es preciso que aguante un poco, porque el evangelista S. Juan tiene que decir aun dos palabras sobre este asunto, y para fortalecer los corazones de los hijos de Dios y de la Virgen quiere participarles una vision que tuvo por via de advertencia, cuando estaba en la isla de Patmos. Vió salir del mar una bestia espantosa semejante á un leopardo: sus pies como de oso, y su boca como boca de leon. Tenia siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos dos coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios para blasfemar de su nombre, y de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo (1). Bien sé que S. Ireneo (2) y despues de él la mayor parte de los sagrados intérpretes (3) han entendido por esta bestia el Antecristo, que será como un monstruo rabioso y enfurecido; y no ignoro tampoco que el venerable Beda (4) con algunos otros juzgaron que mas bien habia de entenderse por aquella figura espantosa la comunidad de los impios

(1) Apocal., III. (3) Rupertus Haimo etc. in  
(2) Lib. 5 adversus hæres., cap. XIII Apoc.  
cap. 28. (4) In idem Apoc. c. I, cap. 2.

formada de piezas diferentes entre sí; pero que todas convienen unas con otras en malicia y en odio á Dios. A cualquier lado que nos volvamos, siempre tendremos por fiador al mismo S. Juan, si decimos que hay muchos Antecristos y que esa multitud de cabezas y lenguas armadas de blasfemias nos denota los satélites y parciales del Antecristo, primer instrumento y capitán general de todos los blasfemos, que recibió el temple de toda impiedad en lo profundo del abismo (1).

II. Convengamos, pues lo dice la santa escritura, en que sin hablar de los diablos, que parece son la misma impiedad y blasfemia mas bien que unos impíos y blasfemos, nunca ha vomitado el infierno un monstruo semejante á aquel, que ha de empezar el aprendizaje de todo género de vicios por donde acabaron los demás. Pero persuadámonos tambien á que capitanea un ejército innumerable de inicuos y que es el corifeo de esa maldita raza, que aguza su lengua contra Dios y escupe el veneno de sus sacrilegas palabras contra el cielo. De ese número son todos los que S. Juan vió representados por las cabezas del leopardo infernal: parece que han tomado por empeño corromper el aire con las blasfemias que vomitan contra Dios, su tabernáculo y cuantos moran en el cielo. Es verdad que hemos oido ya á los mas abominables de ellos entre las compañías de mágicos y de

(2) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«De ellos se queja David en estos términos en el salmo CXXXIX: «Aguzaron sus lenguas como de serpiente: veneno de áspides debajo de sus labios.» Y en el salmo LXXII: «Pensaron y hablaron malignidad: iniquidad hablaron en alto. Pusieron contra el cielo su boca, y la lengua de ellos an-

duvo por la tierra. «Mas el Señor cumplirá el deseo del mismo profeta; juzgará su causa; se acordará de los agravios que estos insensatos le hacen todos los días; no olvidará las blasfemias de sus enemigos; y su insolencia que va siempre en aumento, será humillada por la mano de la criatura mas santa entre las simples criaturas.»

herejes; pero porque aun quedan otros que sin ser de su partido no dejan de tener el alma negra, el corazón corrompido y la lengua preñada de blasfemias, por eso he formado un escuadrón aparte, que veremos pronto deshecho por la mano de la guerrera omnipotente.

III. Yo no sé si debo de armarme de zelo é indignación ó lamentar mas bien el desastrado caso de esas victimas de confusión, cuya mayor desgracia es habérselas con Dios y su tabernáculo, que es la virgen Maria. ¡Desgraciados de ellos por no haberse guarecido á esta celestial ramiza, que les habia preparado Dios, como dice por su profeta Isaías, para que les hiciese sombra de día contra el bochorno y para seguridad y guarida contra el torbellino y la lluvia (1)! ¡Desgraciados de ellos por no haberse refugiado en su tabernáculo, que habia dispuesto para que en el día de los males se pusieran á salvo, como dice David (2)! Mas desgraciados por haber insultado con tanta malignidad é insolencia á la que S. Atanasio (3) y S. Andrés de Candia (4) llaman el tabernáculo de Dios; S. Juan Crisóstomo el santuario preparado para el Verbo divino; y S. Juan Damasceno la tienda animada y racional de Dios, de donde salió la fuente de la vida, enviada á la tierra para destruir la muerte, que iba asolando todo el linaje de los hombres. Desgraciadísimos por haberse afanado tanto en profanar el tabernáculo divino que el Señor habia santificado, segun observa santo Tomás (5) despues de David (6), por haber trabajado con tanta impiedad para derribar el asilo á donde debian de recurrir en sus necesidades, y para arrancar el pabellón que Dios mismo habia plantado, dice

(1) Isai., IV.  
(2) Salmo XXVI.  
(3) Serm. de S. Deipara.

(4) Orat. 2 de Annuntiat.  
(5) Part. 3, q. 27, art. 2.  
(6) Salmo XLV.

Jorge de Nicomedia (1), á fin de reparar el nuestro que estaba caído. ¿No es esto haber perdido el juicio, ser enemigo de sí mismo y conspirar de propósito deliberado á su propia ruina? Ese furor sería en verdad mas disimulable en los enemigos del nombre cristiano ó en los que por desesperacion se han salido del aprisco de Jesucristo; pero ¿qué perdon pueden esperar los domésticos de la fé y los hijos de la iglesia, cuando arman contra sí á la iglesia misma, la cual está obligada por tantos y tan reiterados juramentos de fidelidad á defender la honra de su medianera? ¿De quién aguardan gracia despues de haber ofendido á la madre del rey que ha de darla? ¿Qué esperanza les queda de reconciliacion, cuando destruyen la puerta de la salvacion é insultan tan afrentosamente á la madre de toda misericordia? Haré patentes sus blasfemias en el capítulo XX, cuando lleguemos á las victorias que ha conseguido de los blasfemadores de su nombre.

§. VII.—Primera victoria de la madre de Dios alcanzada de los demonios, enemigos de Dios y suyos.

I. Bastante ha resonado ya el grito de triunfo del infierno. Tiempo es de que aparezca la madre de Dios, pues el enemigo se adelanta con banderas desplegadas, y el arrogante Goliat se mofa de las tropas de Israel. El primer regimiento es el de los demonios, capitaneados por el principe maligno. Sus caras son feroces, sus gritos espantosos, su insolencia insoportable, y cualquiera diria al verlos que ya han ganado la victoria. Pero ánimo, que el cielo viene en nuestro auxilio y nos envia la Virgen como una guerrera invencible, que marcha al frente de

(1) Orat. de oblatione Deiparæ.

los hijos de la luz y se va en derechura á este primer escuadron. Ve aquí cómo habla S. Juan Crisóstomo en la homilia 46 sobre S. Mateo: «Veo un recio combate que se prepara entre la mujer y la serpiente, y por las apariencias no puedo juzgar otra cosa sino que la refriega será terrible y la batalla sangrienta. Los ejércitos están frente á frente: cada cual acecha á su enemigo; y todos se aprestan para dar el asalto. La mujer vigilante acecha la cabeza de la serpiente y se pone en defensa contra ella: la astuta serpiente por su parte guarda la cabeza y trata de clavar su lengua en la mujer. Dios está esperando el resultado de la pelea y se regocija de ver quebrantada la cabeza de la antigua serpiente. Ya vienen á las manos; pero dejemos obrar á María, y pronto veremos que el soberbio enemigo siente el peso de su brazo. Por eso S. Pedro Damiano la llama justamente el único espanto de los demonios y la vara de hierro que los contunde y ataja sus planes horrendos (1).

*Primera y segunda particularidad de este combate.*

II. Los historiadores que han escrito las victorias de los grandes capitanes, han procurado notar las singularidades mas dignas de mencionarse. Si yo quisiera detenerme en todas las particularidades de las victorias de la virgen María, tendria materia para hacer alarde; pero me contentaré con tres. El abad Ruperto señala la primera (2) cuando dice que hay grandisima diferencia entre la victoria que la serpiente ganó á la primera mujer, y la que consiguió de ella la segunda, porque Eva fué cogida á traicion; pero María venció en guerra declarada. Dios mismo en el principio del mundo retó á la serpiente y le di-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) De Trinit. lib. 3, c. 2.